

Ben Okri
Canciones
del encantamiento



Este es el canto de un espíritu circulante. Una historia para todos aquellos que jamás vemos las siete montañas de nuestro destino secreto, que nunca vemos que, tras el caos, siempre puede haber un nuevo rayo de luz. Tras la monumental novela *El camino hambriento*, que le valió el Booker Prize, el nigeriano Ben Okri nos ofrece esta deslumbrante y original nueva lectura, *Canciones del encantamiento*, en la que perviven todos los ingredientes de su éxito anterior. En esta ocasión sigue la historia de Azaro, el niño-espíritu y su particular visión del mundo, con la que busca el camino para sobrevivir a las dificultades que afectan a su poblado y a su familia, siempre rodeados de los elementos misteriosos y fantásticos que configuran el universo mágico y sugerente por el que Ben Okri es calificado por los lectores occidentales como el creador de un realismo mágico internacional con el que revisa las tradicionales historias orales africanas y las diluye en un lenguaje estándar asimilable para el lector internacional. Todo ello con un moderno despliegue de técnicas literarias y una hondura poética que le han convertido en una gran figura de la literatura universal.

Para Silver Okri

«felix, qui potuit rerum cognoscere causas».
*Benditos aquellos que conocen las causas de las
cosas*

Virgilio, *Geórgicas*, Libro II, 490

Libro primero

1

Lo que no vimos

No vimos las siete montañas delante de nosotros. No vimos que siempre están allí, siempre llamándonos, recordándonos siempre que todavía hay cosas por hacer, sueños por realizar, alegrías por redescubrir, promesas que hicimos antes de nacer y que aún debemos cumplir, bellezas por cristalizar y amor encamado.

No vimos cómo nos insinuaban que nada acaba por completo, que el esfuerzo jamás termina en realidad, que a menudo debemos soñar nuestras vidas de nuevo, y que la vida siempre puede ser usada para producir más luz.

No vimos las montañas delante de nosotros y por eso no sospechamos qué convulsiones estaban por venir, convulsiones que ya se hallaban entre nosotros, apenas esperando para explotar en llamas. No vimos el caos que crecía, y cuando por fin sus olas en avance nos encontraron, no estábamos preparados para sus febriles narrativas y sus manifestaciones salvajes. No estábamos preparados para una era que habría de superar toda proporción natural. Cuando nuestro camino empezó a hablar en el grotesco lenguaje de la violencia y las transformaciones, no estábamos preparados. El mundo estalló en formas inimaginables, y solo los espíritus circulantes de la nueva era pudieron percibir con alguna claridad lo que estaba sucediendo.

Este es el canto de un espíritu circulante. Una historia para todos aquellos que jamás vemos las siete montañas de nuestro destino secreto, que nunca vemos que, tras el caos, siempre puede haber un nuevo rayo de luz.

2

Un aventurero involuntario

Sí: el niño espíritu es un aventurero que se adentra sin quererlo en el caos y la luz del sol, en los sueños de los vivos y los muertos. Pero después de la última pelea de papá, después de su magnífico sueño, mis aventuras se hicieron aún más profundas y extrañas. Mis espíritus compañeros eran las causas invisibles de ese ahondamiento. Insistían en atraerme de regreso a su reino, pero ahora lo intentaban por otro método, un método más aterrador que cualquiera de los que habían empleado en el pasado. Decidieron iniciarme de modo aún más profundo en los horrores de la existencia con el fin de que sintiera asco por la vida. Pero no contaban con el amor que me hacía querer permanecer en esta tierra. Y tampoco contaban con mi curiosidad.

A papá le costó mucho tiempo recuperarse de su mítica batalla con el hombre de la Tierra de los Fantasmas Luchadores. Se volvió retraído, y algo en él había cambiado para siempre. Después de la pelea de papá, y una vez que el buen viento hubo dejado de soplar, un nuevo ciclo se lanzó hacia el universo.

Esos días no llovía, y yo tampoco iba ya a la escuela. Había dejado de hacerlo porque incluso allí mis espíritus compañeros me atormentaban. Sus cantos me distraían y me confundían, y cuando copiaba mal las cosas me metía en problemas. Por ejemplo, en la clase de historia en la que el profesor quedó horrorizado cuando vio que mi libro de ejercicios estaba lleno de ecuaciones matemáticas complejas. Yo no sabía de dónde habían venido. Una vez, mientras estábamos en clase de matemáticas bajo una ceiba agonizante, el rostro penitente de un opresor de nuestra gente me miraba fijamente desde el tronco. Un día vi el radiante

rostro del faraón Akenatón, y otro, los rostros de aquellos que aún no habían nacido. Por andar viéndolos, hipnotizado, el maestro me azotaba por no prestar atención. En la clase de inglés mis espíritus compañeros me cantaban corales polifónicas en una mezcla de siete idiomas tradicionales. Se volvió imposible concentrarse. Incluso había días en los que mis espíritus me susurraban cosas al oído y yo decía en voz alta lo que el maestro iba a decir momentos después. Lo peor de todo era que yo parecía conocer las preguntas de nuestros exámenes antes de que nos los dieran, así como sus respuestas. A los maestros les parecía que todo eso era muy raro y, sospechando de la precisión de mis respuestas, me suspendían todo el tiempo, pues creían que había estado haciendo trampa.

En pocas palabras, mis espíritus compañeros hacían estragos en mi educación. Me hacían parecer extraño a los otros niños, así que tampoco tenía muchos amigos. Tan solo Ade, pero él sucumbía al mundo de los espíritus. Sus hechizos epilépticos lo estaban alejando de la vida. Me sentía solo a menudo, y mis espíritus compañeros se aprovechaban de mi soledad para invadir mi vida de nuevas maneras. Expandían mi ser y me llenaban de espacios misteriosos. Se insinuaban en mis visiones. En medio de mi nueva soledad, en especial durante la noche, mientras dormía, me leían libros de historia, de ciencia, filosofía, musicología y geografía. Vertían todo tipo de sabiduría oculta en mi cabeza. Incluso antes de que aprendiera a leer me llenaban hasta casi explotar de libros espirituales de literatura, arqueología, física cuántica y lecciones avanzadas de contrapunto y clausuro. Me saturaban de imágenes de pinturas de Zimbabwe y dioses nórdicos, de proverbios luo, cantos ashante y melodías bizantinas, de épicas zulúes e historias de héroes antiguos y olvidados. Todo lo cual me hacía balbucear las cosas más extrañas y hacía que mis maestros me odieran. Harto de los feroces azotes, empecé a escabullirme de clase y a deambular por el gueto.

Sí, mis implacables espíritus compañeros me atiborran de profecías de Nostradamus y salvajes visiones de místicos africanos, de las teorías de Pitágoras y cientos de datos inservibles. Entretanto yo caminaba descalzo por un mundo que se quebraba bajo mis pies por la fuerza del hambre. Entretanto me tambaleaba bajo la sonrisa demoníaca del sol amarillo que prende fuego a los matorrales y a los periódicos.

3

Papá y el demonio luminoso

Y entonces, una mañana más dorada que amarilla, mis vagabundeos hallaron un objetivo. Salí delante de nuestra casa y vi que los mendigos se habían ido. Sin ser invitados, habían venido a la fiesta que papá había organizado para celebrar su gran victoria, y él los absorbió de inmediato en su mitología y se erigió como su campeón. Les prometió construirles una escuela. Pero mamá y yo habíamos estado tan ocupados con la recuperación de papá que dejamos de fijarnos en los mendigos y olvidamos que ocupaban un sitio especial en su visión política. Y por haberlos olvidado se volvieron contra nosotros. Papá tenía grandes planes para ellos. Pero ahora habían desaparecido. Y no era poca la ansiedad con que me dediqué a buscarlos por todas partes.

Recorrí la calle preguntando a todo el que se me cruzaba. Fui delante del bar de *madame* Koto. Los busqué por los márgenes del bosque, donde solían escarbar para buscar comida y dormir en sus casuchas, pero simplemente no pude encontrarlos.

Al caer la tarde, cuando papá regresó a casa después del trabajo, apestando a las bolsas de pescado que cargaba sobre su cabeza todo el día, le dije que los mendigos se habían ido.

—¿Qué se han ido? —me preguntó sin poder creerlo—. Pero ¿cómo han podido irse? ¡Si voy a construirles una escuela! Incluso ya he empezado a preguntar por el precio de un terreno. Habla en serio, no se han ido, ¿verdad?

—Se han ido —le dije.

Apestando a pescado, con la frente brillante por las iridiscentes escamas y las botas cubiertas de barro hasta más no poder, salió de la casa corriendo y se fue a buscar a los

mendigos. Ni siquiera se detuvo a cambiarse la ropa de trabajo. Salí con él. En tomo a papá se arremolinaban energías descomunales. Su espíritu era poderoso. Caminaba a zancadas, y yo intentaba seguirle el paso mientras él se abandonaba a su torrente de ideas y planes fantásticos. Iba a supervisar la educación de toda la gente pobre y analfabeta. Según él, lo que más necesitaban era educación.

—Así es como la gente poderosa nos mantiene abajo —decía—. Nos mantienen ignorantes y luego nos engañan y nos tratan como a niños.

Juró que enseñaría a los mendigos matemáticas, contabilidad, derecho e historia. Yo les enseñaría a leer. Hablaba de convertir todos los guetos en una especie de universidades secretas en las que se podría estudiar el conocimiento más efectivo del mundo.

Subimos por la calle y llegamos a la vía principal. Había grupos de gente por todas partes hablando de política. Hablaban de la siguiente manifestación y de los famosos músicos que iban a presentarse allí. Y también hablaban de los que habían muerto a causa de la violencia política. Vimos un par de mendigos en la vía y papá fue y les habló como si se tratara de viejos amigos. Escuché que preguntaba a uno de ellos por Helen, la hermosa niña pordiosera con el ojo enfermo. Lo escuché suplicarles que regresaran a nuestra calle y lo ayudaran a construir la escuela. Hablaba en un tono tan fervoroso y tan serio que todos debieron de pensar que estaba loco. Los mendigos se asustaron y se fueron. Papá salió tras ellos, rogando, pero ellos seguían corriendo: acaso pensaran que quería robarles el poco dinero que llevaban consigo. Exasperado, papá se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Qué pasa con esta gente? ¿Por qué me temen?

—No son los mismos mendigos.

—¿Que no son los mismos mendigos?

—Estos son otros. No son los mismos que estaban en nuestra calle.

Papá les echó una mirada. Luego dijo:

—Regresemos.

Nos abrimos paso a empujones entre la muchedumbre, pasamos junto a ciclistas que tocaban sus timbres, hombres tirando de sus carros, agobiados por sus cargas de *garrí* y cemento, pasamos entre la apretujada masa de los vendedores y las voceadoras del mercado. En la plaza donde se iba a realizar la gran manifestación los carpinteros construían una tarima formidable con techo de zinc. Había cientos de artesanos trabajando en la obra, martilleando, cortando madera, encaramándose en escaleras, cargando tablones llenos de ladrillos, cantando, gritando, discutiendo. Los insignificantes vendedores ambulantes sentados por ahí vendían refrescos y comida precalentada. Papá se encontró con algunos de sus colegas portabultos y se empeñó en entablar con ellos extensas discusiones sobre política. Y cuando regresamos a nuestra calle, quedamos estupefactos al hallar a nuestros mendigos sentados alrededor del coche abandonado, como si hubieran estado allí todo el día y nosotros hubiésemos penetrado de repente en su foránea realidad. Helen no estaba con ellos.

Los mendigos nos observaron con ojos muertos. No se movieron de su lugar, ni sus rostros se iluminaron al ver a papá. Era evidente que habían tomado una decisión. Papá se sintió de inmediato excluido de su círculo de resolución e intentó recobrar su confianza e inspirarlos con un par de ocurrencias altaneras. Pero ya habían escuchado sus promesas cientos de veces, y en sus rostros no se podía percibir respuesta alguna. Hizo chistes, se rio de sus propios chistes, pero los mendigos permanecieron hoscos. Les preguntó sobre Helen, pero no respondieron nada. Inexplicablemente, papá se intranquilizó.

—¿Adónde se fue? ¿Alguien le ha puesto la mano encima? ¿Ha huido? ¿Abandonó nuestra causa?

Los mendigos permanecieron en silencio. Papá los observó un rato largo. Después murmuró algo incomprensible

y regresó apresurado a casa. Yo lo seguí. Cuando entré en la habitación se estaba quitando las botas. Me ordenó que las puliera hasta que brillaran. Luego fue a darse un baño y a quitarse el hedor a pescado.

Mientras se bañaba, mamá regresó de su largo día de pregonar baratijas por las calles. Parecía aún más demacrada: sus ojos apagados por el polvo amarillo, su rostro ensombrecido por el sol dorado caléndula. Dejó caer al suelo su cesto de provisiones y se sentó sobre la cama. No se movía. No hablaba. Tenía el olor del más profundo agotamiento.

Cuando papá regresó del baño no parecía especialmente feliz de ver a mamá. De hecho, la ignoró por completo. Se sentó en su silla y empezó a embadurnarse con aceite de coco. Se peinó y se hizo la raya en el pelo. Luego se puso su vestido de safari, que alguna vez había sido blanco pero que ahora, después de tantos años, era más bien marrón. Se puso algo de perfume barato en el rostro. Algo extraño le había pasado a papá después de su gran sueño. Se había vuelto más susceptible a las presencias invisibles del aire. Era como si su espíritu estuviera ahora cubierto de agujeros, por los que volutas de malvad podían entrar en él.

Cuando vio que yo aún no había limpiado y pulido sus botas, explotó en un breve ataque de ira. Me persiguió dos veces por toda la habitación con una gruesa correa en la mano. Me agarró junto a la puerta, me arrastró hacia dentro y cuando iba a empezar a azotarme, mamá —con voz mortífera— dijo:

—Si tocas a mi hijo tendrás que matarme.

Papá bajó la correa y se sentó en su silla. Apenas podía contener el torbellino de su furia. Se sirvió una cantidad generosa de *ogogoro*, encendió un cigarrillo y, entre una bocanada y la otra, procedió a raspar sus botas. A medida que limpiaba las botas su espíritu hervía más y más, y pude ver cómo un extraño demonio entraba en él en la forma de

una hermosa niña de ojos verdes. El demonio niña se dirigió hacia el espíritu de papá y allí se sentó cómodamente; entonces ya no lo pude ver más. Mientras limpiaba sus botas con gran vigor y fumaba su cigarrillo con adusta intensidad, su espíritu crecía y giraba como un huracán, y papá nos fustigaba con sus acusaciones. Sudaba; su cólera parecía arder a su alrededor. Su frente se convirtió en una convulsión de arrugas. Mamá, sentada en absoluto silencio, escuchaba. Mientras papá nos gritaba, un espíritu maligno cruzó por el cuarto en su camino a los preparativos para la gran manifestación política. Al deslizarse por nuestro espacio, el espíritu maligno nos puso a todos los nervios de punta. Despertó ocultas pasiones irracionales en el cerebro de papá, que seguía bufando mientras raspaba con rabia el barro seco de sus botas. Con el rostro hinchado, el pecho agitado, los grandes músculos erizados, nos acusaba de haberlo traicionado, de no preocuparnos lo suficiente por sus ideales. Decía que mamá solo se preocupaba por sí misma. Se quejaba porque, según él, no le teníamos suficiente respeto y no veíamos la importancia de ayudarlo a llevar a cabo sus planes mientras él se recuperaba de la lucha.

Nos sermoneaba como si fuéramos los miembros fracasados de un gabinete de gobierno. Estaba furioso porque no habíamos vigilado a los mendigos, no los habíamos animado, no los habíamos alimentado y no habíamos cuidado de Helen, la niña pordiosera, de quien decía era una princesa de un reino lejano y asolado. La tomó conmigo porque yo había dejado de espiar en el bar de *madame Koto*. La tomó con mamá porque no había estado al tanto de los cambios políticos y no había hecho nada a fin de reclutar a mujeres para su partido político. Y la tomó con los dos por no lograr mantener vivo su sueño de una universidad para los mendigos y los pobres.

Mamá dijo:

—Te pasas todo el tiempo hablando de esa universidad para mendigos, pero ¿y qué hay de nosotros? ¿No somos

nosotros mendigos también? ¿No ves qué cascada está mi voz? Desde que sale el sol hasta la noche camino por esta ciudad infame pregonando mis provisiones, gritando, mientras tú duermes como un tronco todo el día.

De un salto papá se puso de pie y volcó toda su furia sobre mamá. Cegado, lanzó sus botas contra el armario, que se abrió de par en par, dejando ver los tarros de comida vacíos. Las cucarachas salieron correteando en todas direcciones. Dando patadas en el suelo, fustigando el aire con sus gigantescos puños, papá se puso a gritar como un loco. Dijo que mamá carecía por completo de visión, y que mientras él trataba de mejorar las condiciones de vida de su gente, ella gastaba todas sus energías calculando sus míseras ganancias.

—Primero deberías mejorar nuestras condiciones —respondió mamá.

Por un instante papá se quedó como aturdido por el descaro de la interrupción de mamá. Ella prosiguió:

—¿De dónde vas a sacar el dinero para construir una escuela para mosquitos a quienes llamas mendigos? ¿Vas a robar? ¿Crees que el dinero sale de los sueños?

Papá se detuvo cuando iniciaba un gesto hostil.

—Pero ¿y qué hay del dinero que gané? —preguntó, observándonos con total incredulidad. Un matiz de rabia brillaba en su desconcierto.

Nos quedamos callados. Habíamos olvidado por completo la inmensa cantidad de dinero que papá aún debía recibir por haber ganado la batalla contra el guerrero de la Tierra de los Fantasmas Luchadores. Preocupados como habíamos estado por sus heridas, y distraídos por su recuperación, habíamos olvidado que Sami, el dueño de la casa de apuestas, nos debía una cantidad que equivalía a una fortuna considerable.

—¿Qué hay de mi dinero? —gritó papá de nuevo.

—Lo habíamos olvidado —dije.

Mamá me lanzó una mirada furiosa. Papá, sentado de nuevo en su silla, nos escrutaba por turnos, como si hubiéramos cometido algún crimen inconcebible.

—¿Me estáis diciendo que aún no habéis cobrado mi dinero?

Nos sumergimos aún más profundamente en nuestro silencio. Mamá empezó a inquietarse. Y entonces papá, de un salto, mandó por los aires la silla de tres patas que tenía debajo de él, y desencadenó de una vez por todas la furia de su ira.

—No estás de mi parte —bramó contra mamá—. ¡Eres mi enemiga! ¡Quieres que fracase! ¡Quieres que el mundo me destruya! ¡Vas por ahí con tu ropa sucia, con tus zapatos espantosos y tu asquerosa peluca de cabra mientras yo tengo cientos de libras esperando al otro lado de la calle! ¡Me haces pasar hambre, haces pasar hambre a mi hijo, y tú obviamente te alimentas en secreto, y ni siquiera te preocupas de asegurar mis inversiones! Cargo bultos que le romperían el cuello a Hércules. Peleo contra gigantes y monstruos y matones. Sí, peleo y me gano palizas, pero al final logro salir victorioso (solo por vosotros dos) y, sin embargo, durante toda esa agonía, ¿ni siquiera te has preocupado por cobrar los frutos de mi victoria?

Papá hizo una pausa. Luego respiró hondo y, clavando su rostro salvaje en el de mamá, le gritó:

—¡SAL DE MI CASA, MUJER INÚTIL, CON TU ESTÚPIDA PELUCA! ¡LÁRGATE! ¡Sal y vende tus estúpidas provisiones desde la mañana hasta la noche! ¡TÚ DISFRUTAS CON EL SUFRIMIENTO, DISFRUTAS CON LA POBREZA! ¡Pues muy bien! ¡VETE y disfruta de tu pobreza en otro lugar y NO REGRESES! ¡No me voy a matar por una ESPOSA DESAGRADECIDA!

Mamá aguantó la diatriba en un silencio peligroso y obstinado. Cuando papá ya estaba exhausto, mamá se puso de pie. Moviéndose como quien ya ha tomado una decisión hace mucho tiempo, empezó a recoger sus posesio-